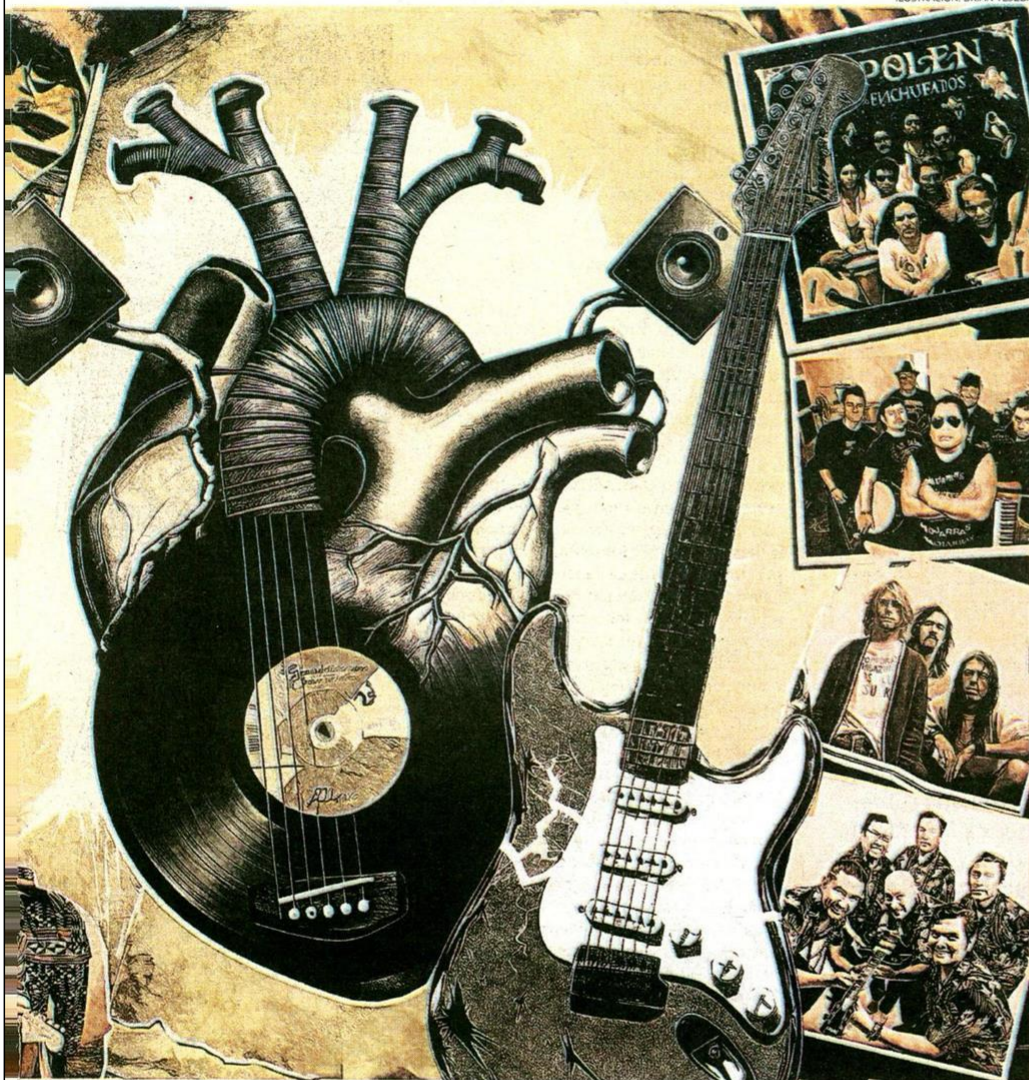




PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN Y/O DIFUSIÓN

Domingo,
1° de diciembre del 2024

ILUSTRACIÓN: BRIAN TEJEDA



caron –y nos entregamos– a una pacificación de amplio espectro.

Saqué mi DNI en 1993 y me gradué de ciudadano votando en contra de la constitución de Fujimori. Y ese mismo año escuché obsesivamente el lindísimo primer álbum de Mar de Copas. Como en toda la escena pública del país, de ahí también se evacuó la furia, el pueblo, cualquier dilema nacional. El disco se abría con Wicho García –ex-Narcosis– cantando sobre un héroe fugitivo que se marchaba “lejos del infierno aquel”. Todos quisimos desertar del infierno aquel.

En los noventa las ambiciones del rock se hacen más delgadas. Es la hora del punk melódico que analiza Gerardo Silva en *Sube el volumen*. Por fuera del rock, la chicha pasa al olvido. E irrumpe la chicha, usualmente como calificativo peyorativo, a caballo entre lo corrupto, lo barato o ilegal (como en “los diarios chicha”, por ejemplo). Musicalmente, aparece la technocumbia, un género que queda por mucho tiempo asociado multifacéticamente al fujimorato. A diferencia de la chicha, ya no tiene relación directa con lo andino. Ingresa al

“

Se trata de un mundo muy fragmentado y fugaz. La tarea de representarlo aparece igual de evanescente para el político que para el artista”.

mainstream mediático con la promesa de ser puro ritmo, sin trajar grietas nacionales (ver el capítulo de Flores y Bernilla en *Sube el volumen*).

Con la vuelta de la democracia el año 2001, el rock recupera una visibilidad institucional. En 2002, el Instituto Nacional de Cultura lo declara actividad de interés nacional. Críticos de rock reconocidos como Pedro Cornejo tuvieron programas de radio o televisión. En el cable se establecieron programas que dieron difusión a muchos buenos grupos.

Pero tengo la impresión de que en los últimos años ocurre un fenómeno estructural e insalvable. En el siglo XXI a la sociedad deja, gradualmente, de interesarle el rock. No es ya el lenguaje ni el sonido de la juventud. De los 50 discos que Cachay y Melgar han seleccionado, solo 8 aparecieron en el siglo XXI; en el mismo número de años entre 1963 y 1987 consignan 22.

Ahora bien, en los últimos años aparecen proyectos muy buenos y, sin embargo, no alcanza para llegar al público general. Pienso en *El hombre misterioso*, por ejemplo. A pesar del reconocimiento –diría, unánime– en la

comunidad rockera no se constituye en intérprete de la sociedad.

Lo cual no es un fenómeno peruano. Probablemente, Nirvana fue el último episodio en que el rock consiguió capturar el espíritu de una época y, al mismo, tiempo moldearlo. (Supongo que Radiohead cumplió con algo de esto también). Pero el siglo XXI ni se mueve ni se piensa desde el rock. Es curioso que un género cuyo espíritu estuvo siempre asociado a la liberación juvenil –la rebeldía y autonomía frente a un orden impuesto por padres y sociedad– hoy es una afición de viejos.

El mejor rock ya no puede ser rock. Quiero decir, si es que aspira a cumplir su función social y a capturar la imaginación general. El rock, después de todo, fue una actitud y no solo un género musical. El ejemplo que me viene a la mente es The Pogues, la agrupación que reciclando folclor irlandés se convirtió en la mejor banda de punk de los ochenta. No hacían punk, pero eran panquecazos.

De la misma manera, el rock tendrá que encontrarse con sonidos más contemporáneos si quiere cumplir con su mandato. En el Perú probablemente eso pasa por un acercamiento con la cumbia. Si esta se ha convertido en un género muy transversal en términos regionales y sociales, no da lugar a actitudes inconformes. Más bien, grupos como La Mente o La Nueva Invasión han mezclado la actitud del rock con esas sonoridades y han producido música con posibilidades de representar el Perú contemporáneo. Y que Los Mirlos vayan a tocar en el mítico festival Coachella apunta en la misma dirección.

En cualquier caso, se trata de un mundo muy fragmentado y fugaz. La tarea de representarlo aparece igual de evanescente para el político que para el artista. Por eso seguimos cantando ‘Contigo, Perú’, cincuenta años después de que los militares la encargaran. Y, sin embargo, aquí sigo esperando las canciones de la época. Ya no podré ser un aficionado del *urban*, *trap*, *k-pop* o *reggaeton*, porque mi cerebro musical fue cableado hace mucho; pero sigo confiando en que el rock pueda entremezclarse con sonidos más contemporáneos y producir la representación musical de la época en sus propios e inconformes términos. Mientras tanto, regreso al nuevo disco de The Cure, cuyo título promete traerme canciones provenientes de un mundo perdido. ♦